

## Criaturas

La carreta se detuvo en medio de una ola de polvo y chirridos de ruedas oxidadas. Primero baja un viejo de contextura flácida, y luego, refunfuñando, una niña pequeña de aspecto huraño y sin peinar. El viejo la sujeta por el cuello con un fuerte correaje de cuero, obligándola a seguirlo. Ambos visten ropas andrajosas. El viejo se pasa unja mano por la cara seca. Y luego de amarrar a la niña a un montón de malezas e inspeccionar el área, coloca en el suelo un pocillo en el que vierte, extrayéndolo de un frasco, un líquido rojizo. La niña lanza un primer alarido y mira al viejo con expresión diabólica y comienza a agitarse con gran vivacidad. Sus ojillos brillan ocultos en la enorme maraña de cabellos que le cubre el rostro. El viejo observa sentado sobre un banco de piedras. Y toma notas en su libreta, como trazando una especie de inventario. Nuevamente la niña se revuelca en el polvo, lanza bruscos zarpazos al aire y luego, ya de pie, intenta destrozar la atadura a dentelladas. Pero el viejo jalona la correa y la hace caer de rodillas. Se alza un olor a podrido de futras pisoteadas por caballos. La niña profiere insultos contra el viejo en un lenguaje extraño. En sus ojos, la luna inflamada de luz se hace más intensa. Entonces el viejo da un puntapié a la vasija aproximándola como a un metro de distancia de la niña. Ésta mira como hipnotizada el movimiento de sangre al fondo del cuenco de aluminio y empieza a inquietarse, a gritar como loca, a surgir desde un llanto que rápidamente se torna en violento bufido, en desenfreno. De pronto, su rostro comienza a transformarse dando paso a una dermis terrible, elástica, en que vence otra naturaleza. Toda la piel va cediendo lugar a un tejido de ratón reluciente, a una urdimbre tupida y oscura bajo cuyo tejido el corazón ha empezado a golpear tenazmente en una irrigación incontrolable. En la boquita de puchero de la que antes fuera una niña, se oye como un rompimiento de placenta de filosos colmillos. Confirmada su sospecha, el viejo se incorpora, maldice en voz baja, sacude la pana sucia del pantalón y a continuación se dirige a la carreta. De allá regresa con un macuto de guano descolorido de donde extrae la estaca y el mazo de hierro que suele utilizar en estos casos. El viejo sabe que será insoportable. A pesar de los años en el oficio, aún no se acostumbra. Entonces, para liberarse de las dudas que se le están amotinando en la cabeza, empieza a caminar alrededor de la criatura amagándole con la estaca, halando el brazo cada vez que ésta, enfurecida, intenta morderlo; y después, emboscándola, cerrando ese abismo entre los dos, atrapa entre los pies la cabecita de la criatura, alza la estaca a la altura del pecho y, con un rápido movimiento y un fuerte mazazo, la hunde por completo. El animal da un fuerte chillido, convulsiona, y expira en el acto. Más tarde, mientras el viejo prende fuego al cadáver, llora, desorientado. Luego recoge el morral de las herramientas y demás pertenencias, y sube a la carreta. Azuza los caballos y, sin volver la vista atrás, se pierde en la espesura de la noche.

## Como si fuera un tango

Esta noche, amor mío, me voy a matar, lo haré cuando el monstruo de los celos me haya succionado por completo y tú, con labios fríos y viscosos, tras la caricia redundante de una letanía digas: “Dios se apiade de su alma”, y procedas a pegar tus ojos de gata montés y lágrimas carcomidas en uno

de los setos; yo veré tu cuerpo desmontado como de un relincho alargado que va diciendo al otro cuerpo que es el mío “muere, muere, muere”, mientras expide el monstruo un olor a reptil y empieza a rascarse el pellejo en una atmósfera de desconfianza haciéndose empastar un sinnúmero de escamas sucesivas, incluso sudorosas, antes de perderse totalmente tras el celaje febril de una ambulancia; y tú te apartas y sabes que están cayendo goterones de sangre en tu corpiño y es horrible el frío, y las lágrimas de cocodrilo serán como una burla de bebé en tu rostro, en triste miserere de seis de la mañana y esto porque sí, porque la soledad, porque afuera amanece y ya no sientes los gritos del instinto atravesando este antro de mala muerte; y de pronto todo se subvierte y es como pellizcarte la piel o un ojo, amor mío; es gritar para que alguien te oiga atrapada entre los dedos velocísimos de algún bisturí; y es por eso que hay un charco de sangre en el piso, b ajo el cuerpo, en la braga desajustada y limpia; ay es por eso que el monstruo respira ahogado, se pasa el pañuelo por la frente y a seguidas, impacientemente, comienza a escribir su autobiografía.